



	Combatientes
La tribu de Benjamin, príncipe Abidan, hijo de Gedeon.....	35.400
La tribu de Dan, príncipe Abiezer, hijo de Amisaddai.....	62.700
La tribu de Aser, príncipe Phegiel, hijo de Ocrán.....	41.500
La tribu de Gal, príncipe Eliasaf, hijo de Duel.....	45.650
La tribu de Neftalí, príncipe Ahira, hijo de Enan.....	53.400
TOTAL.....	603.550

Los levitas no estaban comprendidos en este número; fueron contados aparte, y ascendió su número á veintidos mil varones, de edad de un mes y arriba. Dios les dedicó al servicio de su tabernáculo, en lugar de los primogénitos, que le pertenecian en propiedad desde que habia librado á Israel por la muerte de los primogénitos de Egipto. Pasando los primogénitos de los hijos de Israel del número de doscientos setenta y tres levitas, cada uno de estos supernumerarios, dió, para rescatarse, cinco siclos, que se estiman próximamente en diez pesetas.

	Combatientes
La tribu de Rubén, príncipe Elisaf, hijo de Reuven.....	46.500
La tribu de Simeón, príncipe Salú, hijo de Suradadai.....	59.300
La tribu de Judá, príncipe Caleb, hijo de Amasabai.....	76.000
La tribu de Isacar, príncipe Gadiel, hijo de Gadiel.....	54.400
La tribu de Zabulón, príncipe Gadiel, hijo de Heleu.....	57.400
La tribu de Efraim, príncipe Elíasaf, hijo de Amisadai.....	60.300
La tribu de Manasés, príncipe Gadiel, hijo de Gadiel.....	57.300

(1) Núms. 9, 11, 12.
(2) Hebr. 1, 2.

Los levitas no estaban comprendidos en este número; fueron contados aparte, y ascendió su número á veintidos mil varones, de edad de un mes y arriba. Dios les dedicó al servicio de su tabernáculo, en lugar de los primogénitos, que le pertenecian en propiedad desde que habia librado á Israel por la muerte de los primogénitos de Egipto. Pasando los primogénitos de los hijos de Israel del número de doscientos setenta y tres levitas, cada uno de estos supernumerarios, dió, para rescatarse, cinco siclos, que se estiman próximamente en diez pesetas.

Los levitas no estaban comprendidos en este número; fueron contados aparte, y ascendió su número á veintidos mil varones, de edad de un mes y arriba. Dios les dedicó al servicio de su tabernáculo, en lugar de los primogénitos, que le pertenecian en propiedad desde que habia librado á Israel por la muerte de los primogénitos de Egipto. Pasando los primogénitos de los hijos de Israel del número de doscientos setenta y tres levitas, cada uno de estos supernumerarios, dió, para rescatarse, cinco siclos, que se estiman próximamente en diez pesetas.

(1) Núms. 8, 5 y 19.
(2) Núms. 19. Hebr., 9, 13.

CAPÍTULO III

Consagracion de la tribu de Levi.—Funciones de los levitas relativamente al tabernáculo.—Ofrendas de los principes de cada tribu.—Hobab.—Los cineos.—Los recabitas.—Necesidad de un guia particular además de la columna de nube.—Murmuraciones é incendio.—Gula del pueblo.—Lamentos de Moisés.—Los setenta ancianos.—Desinterés de Moisés.—El Sanhedrin.—Las codornices.—Venganza divina.—Murmuraciones y castigo de Moisés y de Maria.—Los doce exploradores.—Su falso relato.—Enac é Inaco.—Oposicion de Caléb y de Josué.—Murmuraciones.—Sentencia contra todo el pueblo; Josué y Caleb exceptuados.—Muerte de los otros diez exploradores.

La consagracion de la tribu santa se hizo con solemnidad. «Toma los levitas de entre los hijos de Israel; dijo el Señor á Moisés, y purificalos conforme á este rito; sean rociados con agua de expiacion y raeran todos los pelos de su carne. Y luego que hubieren lavado sus vestidos y se hubieren limpiado, tomarán un buey de la vacada para el holocausto, con libacion de flor de harina amasada con aceite, y tú tomarás otro buey de la vacada, y acercarás los levitas delante del tabernáculo de la alianza, convocada toda la multitud de los hijos de Israel. Y cuando los levitas estuvieren delante del Señor, pondrán los hijos de Israel sus manos sobre ellos; y ofrecerá Aaron los levitas como don de los hijos de Israel, en la presencia del Señor, para que sirvan en el ministerio de él. Los levitas pondrán tambien las manos sobre la cabeza de los bueyes, de los cuales sacrificarás uno por el pecado y el otro en holocausto del Señor, para que ruegues por ellos. Presentarás los levitas en presencia de Aaron y de sus hijos, y los consagrarás ofrecidos al Señor; y los separareis de en medio de los hijos de Israel para que sean mios. Porque yo escogí los levitas en lugar de todos los primogénitos de los hijos de Israel; y los ofrecí en don á Aaron y á sus hijos de en medio del pueblo, para que me sirvan en vez de Israel en el tabernáculo de la alianza, y rueguen por ellos para que no haya plaga en el pueblo, si osaren acercarse al santuario (1).»

(1) Núms. 8, 5 y 19.

El agua de la expiacion de que se habla aquí, era el agua viva en la cual se habia arrojado la ceniza de una vaca, inmolada para este objeto; y quemada con ceremonias particulares por un sacerdote, fuera del campamento. Esta ceniza así humedecida y empapada, sirviendo para purificar las impurezas exteriores y carnales, figuraba y anunciaba, como nos lo insinúa San Pablo, una aspersion más eficaz por otro concepto, la sangre de Jesucristo, que purifica la conciencia aun de las obras muertas ó pecados (1).

Los levitas no debian servir en el tabernáculo más que de treinta á cincuenta años. Los de esta edad eran entonces ocho mil quinientos ochenta y tres. Eran distinguidos en tres familias, segun los tres hijos de Levi, La familia de Caath, acampada al Mediodía del tabernáculo, estaba encargada, durante la marcha, de todo lo que habia en el interior de este santuario, pero envuelto antes por los sacerdotes. La familia de Gerson, acampada detrás del tabernáculo, al Setentrion, estaba encargada de las colgaduras y de las cuerdas. La familia de Merari, acampada al Occidente, tenia cuidado de los tableros y de las columnas. Moisés, Aaron y sus hijos estaban acampados en el tabernáculo, al Oriente.

Durante estas solemnidades, los principes de las tribus ofrecieron en comun seis carros cubiertos con doce bueyes. Moisés dió dos de estos carros con cuatro bueyes á los hijos de Gerson, segun lo que les era necesario. El resto fué

(1) Núms. 19. Hebr., 9, 13.



dado á los hijos de Merari, á causa de que ellos tenían cargas más grandes que llevar, y eran en más pequeño número. Los hijos de Gaath no recibieron nada, porque servían en el santuario y llevaban las cargas sobre sus propios hombros. Despues, para la dedicacion del altar, cada príncipe, comenzando por el de Judá, siguiendo el orden del campamento, ofreció en su día una escudilla de plata de ciento treinta siclos de peso, una taza de plata que tenía setenta siclos, segun el peso del santuario; uno y otro llenos de flor de harina amasada con aceite para el sacrificio; un morterillo de diez siclos de oro lleno de incienso; un buey de la vacada, un carnero y un cordero de un año para el holocausto; un macho de cabrío por el pecado; y para el sacrificio de los pacíficos dos bueyes, cinco carneros, cinco machos de cabrío y cinco corderos de un año (1).

El siclo es valuado en cuanto á su peso en dos dracmas, treinta y un granos y un tercio; de otro modo, en gramos, segun el sistema decimal, 9,3126 2/3.

Esta revista militar, en medio de las solemnidades religiosas, hacia entrever que bien pronto se iba á poner en marcha. En efecto, el 20 del mismo mes, la nube que descansaba sobre el tabernáculo se levantó, y dió de este modo la señal de marcha. Desde entonces, segun el orden que hemos ya visto, las tribus de Judá, de Isacar y de Zabulon, levantaron el campo al primer sonido de la trompeta, seguidas de los levitas de la familia de Gerson y de la de Merari; al segundo toque, las tribus de Rubem, de Simeon y de Gad, seguidas de los levitas de la familia de Caath; al tercero, Efraim, Manases y Benjamin; al último, Dan, Aser y Neftalí. El arca de la alianza con la columna, iba delante para indicar el camino.

Entonces Moisés dijo á Hobab, hijo de Raguél Madianita, su aliado, que habia permanecido en el campo de Israel despues que Jethró se volvió á su país: «Nos encaminamos hácia el lugar que Dios nos ha de dar; ven con nosotros para que te demos parte en los bienes que el Señor ha prometido á Israel.» Hobab respondió:

(1) Núms. 7, 2 y 17.

«No iré contigo, sino que me volveré á mi tierra, en la que nací.» Moisés insistió: «No nos abandones, porque tú conoces los lugares en donde debemos acampar en el desierto, y serás nuestro guía. Y si viniere con nosotros, daremos lo mejor que hubiere de las riquezas que el Señor nos ha de dar (1).»

Hobab accedió á los ruegos de Moisés. Sus descendientes habitaron en la parte que correspondió á la tribu de Judá; son conocidos con el nombre de Cineos, y llegaron á ser muy numerosos. De ellos procedieron los Recabitas, tan célebres por su piedad filial.

Se admirará quizá que con la columna de nube que indicaba el camino y los lugares de campamentos, Moisés quisiera tener un guía. Nada se extrañará si se considera la multitud que habia de conducir y el país que habia de recorrer. Segun la opinion de los entendidos en el arte, el campamento de los israelitas en el desierto ocupaba un espacio de cerca de 33 leguas. El campamento de un ejército de 100.000 hombres ocupa una legua de extensión; lo cual, para una multitud de tres millones, daría precisamente 30 leguas; pero como habia tambien en el campamento de Israel muchos extranjeros y animales de todas clases, es necesario añadir por lo ménos tres leguas más. Cada lado del campamento tenia, pues, ocho leguas y un tercio de longitud, y un poco ménos de cuatro leguas de ancho.

Despues, esta parte de la Arabia, en la cual los israelitas acamparon y decamparon durante cuarenta años, no es más que un mar de arena, en donde, como en otras tantas islas, se encuentran de cuando en cuando algunos lugares húmedos cubiertos de verdura. Estos desiertos están limitados por montañas, por rocas que, entreabriéndose un poco, forman estrechos valles, que suministran pastos. El agua es muy rara en estas horribosas soledades, y una parte de la que en ellas se descubre es amarga ó salobre.

En verdad, la columna de nube dirigia las marchas y fijaba el centro de los campamentos; pero eran muy necesarios otros conocimientos

(1) Núms. 10, 29-32.



para endulzar un poco las contrariedades de esta fatigosa é incómoda estancia. Se necesitaba saber en dónde se encontraban fuentes, cuál era su calidad, en dónde habia pastos; era indispensable estar prevenidos para los accidentes, á los que se podia estar expuesto en esta comarca; conocer los animales y reptiles peligrosos que se encontrarían; saber, por último, los diversos pueblos que sucesivamente estaban contiguos, para intentar establecer con ellos algunas relaciones comerciales y procurarse por este medio algunos recursos. Hé aquí lo que no decia la columna, y esto es lo que decia Hobab, que tenía un perfecto conocimiento del país.

En una de estas trabajosas marchas, el pueblo comenzaba á entregarse á culpables quejas; un grande fuego vino del Señor y devoró la última parte del campamento. Al punto el pueblo clamó á Moisés, que intercedió cerca del Señor, y el fuego desapareció (1), y se llamó este lugar *Incendio*, porque el fuego del Señor se habia encendido contra ellos.

La Escritura nos hace conocer la causa primaria de estos murmullos. La multitud de extranjeros que estaba en medio de ellos, anhelaba toda clase de desórdenes. Este mal se propagaba. Por esto sucedió que un día los hijos de Israel tambien empezaron á quejarse y á decir: «¿Quién nos dará carnes para comer? Nos acordamos de los peces que de balde comíamos en Egipto; se nos vienen al pensamiento los cohombros, los melones, los puerros, las cebollas y los ajos. Nuestra alma está ya seca, nuestros ojos no ven más que maná.»

Moisés, pues, oyó llorar al pueblo por sus familias, á cada uno en las puertas de su tienda. Y se encendió en gran manera la indignación del Señor, y aun al mismo Moisés pareció una cosa intolerable, y dijo al Señor: «¿Por qué has afligido á tu siervo? ¿Por qué no hallo gracia delante de tí? ¿Y por qué me has echado áuestas el peso de todo este pueblo? ¿Soy yo acaso el que he concebido toda esta grande multitud, ó la he engendrado, para decirme: «Llévalos en tu seno, así como la nodriza suele llevar al que cria, y llévalos á la tierra que pro-

(1) Núms. 11, 1-3.

metisteis con juramento á sus antepasados.» ¿De dónde tengo yo que sacar carnes para dar á tan grande multitud? Lloran contra mí diciendo: «Danos carnes para que comamos.» No puedo yo solo soportar á todo este pueblo, porque me es pesado. Mas si te parece otra cosa, te ruego me quites la vida y que halle gracia ante tus ojos, para no ser poseído de tantos males.

El Señor respondió á Moisés: «Congrégame setenta varones de los ancianos de Israel, que tú conoces que son los ancianos y maestros del pueblo; los llevarás á la puerta del tabernáculo de la alianza, y los harás estar allí contigo, para que yo descienda y te hable, y tome del espíritu tuyo y se lo dé á ellos para que sostengan contigo el peso del pueblo, y no seas cargado tu solo. Dirás tambien al pueblo: «Santificaos, es decir, preparaos para mañana; tendreis carne que comer, puesto que yo os he oído decir: ¿quién nos dará manjares de carne? En Egipto nos iba bien. El Señor, pues, os dará carne, no un día, ni dos, ni cinco, ni diez, ni veinte, sino durante un mes, hasta que os salga por las narices y os cause hastío, porque habeis desechado al Señor, que está en medio de vosotros, y habeis llorado delante de él, diciendo: ¿Por qué salimos de Egipto?»

Moisés insistió: «El pueblo, en medio del cual estoy, es de seiscientos mil infantes, y tú dices: les daré á comer carne un mes entero. ¿Por ventura se matará una multitud de ovejas y de bueyes, á fin de que pueda bastar para comer? ¿O se juntarán á una todos los peces de la mar para hartarles?» A que respondió el Señor: «¿Pues qué, la mano del Eterno es débil? Ahora ya verás si se pone por obra mi palabra.»

Moisés salió, pues, del tabernáculo y refirió al pueblo las palabras del Señor. Al mismo tiempo congregó á los setenta varones de los ancianos de Israel, que hizo estar cerca del tabernáculo. Y descendió el Señor en la nube y le habló, tomando del espíritu que habia en Moisés y dándole á las setenta varones. Y luego que reposó sobre ellos el espíritu, profetizaron. Mas dos de estos varones se habian quedado en el campamento, de los cuales uno se llamaba Eldad y el otro Medad; sobre los cuales reposó



el espíritu, porque habían sido ahitados y no habían ido al tabernáculo. Y como profetizasen en el campamento, fué corriendo un jóven á dar la nueva á Moisés, diciendo: «Eldad y Medad profetizan en el campamento.» Entonces Josué, hijo de Nun, servidor de Moisés y escogido entre muchos, dijo: «Señor mio Moisés, ponles prohibicion.» Y Moisés respondió: «¿Qué celo muestras por mí! ¿Quién me diera que profetizase todo el pueblo y que el Señor les diera su espíritu?»

Después de esto, Moisés volvió al campamento con los ancianos de Israel (1).

Antes ya, después de la promulgacion y la aceptacion de la ley, setenta ancianos del pueblo habían sido designados para subir al monte y contemplar más de cerca la gloria del Dios de Israel; pero esta designacion se había limitado á esta particular circunstancia. Aquí los setenta, escogidos por Moisés entre el gran número de magistrados que había establecido, según el sábio consejo de Jethró, y con el asentimiento del pueblo, son instituidos cooperadores suyos en el gobierno, y constituyen el Senado perpétuo de la nacion. Dios les comunica para este fin algo de los sobrenaturales dones que había reunido en Moisés, y que son designados con el genérico nombre de profecía. En el lenguaje de la Escritura, esta palabra se aplica, no solamente á la prediccion de un porvenir revelado, sino tambien á todas las sobrenaturales apariciones del espíritu de Dios en el hombre. Así se dice de Eliseo, que después de su muerte, su cadáver profetizó (2), porque sus huesos resucitaron á un muerto por su contacto. Así tambien, el profeta Joel anuncia la venida del Espíritu-Santo sobre los apóstoles y sobre los primeros fieles, diciendo en nombre del Señor: «Acontecerá en los postreros dias que yo derramaré de mi espíritu sobre toda carne, y profetizarán (3).»

Este Senado de ancianos subsistió entre los judíos hasta la final dispersion de la nacion. En los últimos tiempos era conocido con el nombre

(1) Núms. 11, 1-30.

(2) Ecli., 48, 14.

(3) Act., 2, 16, 18.

de Sanhedrin, palabra derivada y alterada del griego *synedrion*, que entre los atenienses designaba el Areópago ó Senado, y generalmente significa Asamblea, Consejo.

Dios había cumplido la primera parte de su promesa; había aligerado la carga de Moisés, dándole un Senado para ayudarle en el gobierno. Faltaba la segunda parte, la carne que se había de dar al pueblo durante un mes.

Pues bien: levantándose un viento por orden del Señor, arrebató codornices de la otra parte del mar, las llevó y dejó caer sobre el campamento al rededor de él por el espacio de un dia de camino, y volaban en el aire dos codos de altura sobre la tierra. Levantándose, pues, el pueblo todo aquel dia y noche, y todo el dia siguiente, recogió el que ménos diez coros de codornices, valuándose el coró en cerca de tres hectólitros; este aprovisionamiento constituía cerca de treinta hectólitros por lo ménos. Prepararon estas aves al rededor del campamento. Es indudable que, según el uso del país, las salarían y las hicieran secar al sol para más largo tiempo conservarlas. No estando lejos el Mar Rojo, cuyas costas están cubiertas de sal, la cosa no era difícil. Hoy todavía hacen otro tanto los árabes con los pescados que cogen: los abren el vientre, les salan un poco y les secan al sol. De esta manera preparados, pueden largo tiempo conservarles y á grandes distancias trasportarles; de ellos hacen particularmente un gran comercio en Tor, ciudad de la Arabia Petrea, sobre el Mar Rojo (1).

Comióse, pues, carne durante un mes. Después de esto, aún estaban las carnes entre sus dientes y no se había acabado semejante vianda; y hé aquí que excitado el furor del Señor contra el pueblo, lo castigó con una plaga muy grande. Y se llamó aquel lugar *Sepulcro de la concupiscencia*, porque enterraron allí al pueblo que había tenido deseos de comer carne (2).

No era bastante para Moisés el tener que soportar los murmullos de un pueblo indócil: su hermana y su hermano, María y Aaron, pu-

(1) Belon, *Observations de plusieurs singularités trouvées en Grece, Asie, Judée, etc.*, lib. II, cap. XVII. Véase tambien á *Athenai Deipnos*, lib. IX, cap. XI.

(2) Núms. 11, 31, 34.



sieron su paciencia á prueba. Hablaron contra él, porque tenía una etiopisa por mujer, Séfora, hija de Jethró, sacerdote de Madian, país que los antiguos consideraban como una provincia del de Chus, llamado por los griegos la Etiopía Oriental, por oposicion á la Etiopía del Sur en Africa. No se contentaron con estas tachas, sino que llegaron hasta decir: «¿Pues qué, ha hablado el Señor solamente por medio de Moisés? ¿Acaso no nos ha hablado á nosotros tambien del mismo modo?» Ahora bien: Moisés era el hombre más manso y más amable de todos los que moraban sobre la tierra. Habiendo oido el Señor estas palabras, dijo al punto á Moisés, á Aaron y á María: «Salid vosotros tres solamente al tabernáculo de la alianza.» Y cuando llegaron, descendió el Señor en la columna de la nube, y se paró á la entrada del tabernáculo, llamando á Aaron y á María, los cuales después que fueron, les dijo: «Oid mis palabras: Si alguno fuere entre vosotros profeta del Señor, me le apareceré en vision, ó le hablaré por ensueño. Mas no así mi siervo Moisés, que es el más fiel en toda mi casa; porque le hablo boca á boca, con entera claridad y sin enigma. ¿Por qué, pues, no habeis temido hablar mal contra mi siervo Moisés?» Y airado contra ellos se retiró. La nube que estaba sobre el tabernáculo se retiró igualmente. Y hé aquí que se dejó ver María toda cubierta de lepra blanca como la nieve. Habiéndola visto Aaron, dijo á Moisés: «Ruégote, Señor mio, que no nos imputes este pecado, que néciamente hemos cometido. No sea esta como muerta y como un aborto que es arrojado de la matriz de su madre. Ved que la lepra ha devorado ya la mitad de su carne.» Y clamó Moisés al Señor, diciendo: «¡Oh! Dios, sánala, te ruego.» Al cual respondió el Señor: «Si su padre la hubiera escupido en la cara, ¿acaso no debería estar sonrojada siquiera por siete dias? Que esté separada siete dias fuera del campamento, y después se la hará volver.» Fué, pues, echada María fuera del campamento por siete dias, y el pueblo no se movió de aquel lugar hasta que se hizo volver á María (1).

(1) Núms., 12.

Habiendo partido de Haseroth, en donde habían tenido lugar los sepulcros de concupiscencia, los hijos de Israel entraron en el desierto de Faran, y después de muchas estaciones llegaron á Cades-Barne. Este lugar estaba en las fronteras de la tierra prometida, á una jornada del camino de Bersabét, en donde habían vivido tan largo tiempo Abraham, Isaac y Jacob. Pisaban ya el mismo suelo que sus antepasados. Moisés les dijo en este lugar: «Habeis llegado al monte del Amorreo, que el Señor nuestro Dios debe darnos. Ved la tierra que el Señor vuestro Dios os da; subid y poseedla, según lo ha dicho el Señor Dios de vuestros padres; no temais y nada os espante.» Todos entonces se aproximaron y le dijeron: «Enviemos hombres que reconozcan la tierra, y nos informen por qué camino debemos subir y á qué ciudades hemos de ir (1).» Esta indicacion le pareció buena, y después de haber consultado al Señor, envió por su orden doce hombres de los principales de cada tribu; de este número era Caleb, hijo de Jefoné, de la tribu de Judá, y Oseas, hijo de Nun, de la tribu de Efraim. Moisés llamó á este Josué, añadiendo á su primer nombre la letra inicial de Jehová. Oseas quiere decir, *salvador* ó *salvador*; Josué quiere decir, *el Eterno salvará*. Los Setenta le explican por el de *Jesus*; en hebreo es, en efecto, el mismo nombre que el de nuestro Salvador, del cual era Josué la figura.

Moisés les dijo á todos: «Subid por el medio dia, y cuando hayais llegado á las montañas, examinad la tierra, lo que ella es en sí y el pueblo que la habita, si este es fuerte ó débil, si es muy numeroso ó poco, si la tierra es buena ó mala, si las ciudades están fortificadas ó sin murallas, si el terruño es graso ó seco, si hay maderas ó si carece de árboles; traednos, en fin, frutos de esa tierra.» Era precisamente el tiempo de las nuevas uvas.

Ejecutaron la orden de Moisés, exploraron todo el país, desde la extremidad meridional por donde entraron hasta la extremidad septentrional, en el monte Libano. Pasaron, entre otros lugares, por Hebron, en donde estaba el

(1) Deut., 1, 19-22.



valle de Mambré, no lejos del sepulcro de Abraham y de Sara. A alguna distancia de allí llegaron á un valle en donde cortaron un sarmiento con su racimo, y dos hombres, para mejor conservarle, le llevaban colgado de un palo. Llamaron á este valle, Nehel-Escol, es decir, valle ó torrente de la Grappa. Hoy todavía, á algunas leguas de Bethlehem, en el valle de Sorec, las viñas producen de ordinario racimos de siete libras de peso, y en el año 1634, según el testimonio de un viajero (1), se encontró uno cuyo peso era de veinticinco libras y media. Este valle de Sorec ó de la Viña tiene un torrente, que se llama el Torrente del Racimo ó de la Grappa. Allí quizá es donde los exploradores cortaron su muestra.

En fin, habiendo regresado al campamento después de cuarenta días, ensalzaron la fertilidad del país, dijeron que verdaderamente corrían en él arroyos de leche y de miel, y enseñaron como prueba los frutos que habían traído, entre otros el sarmiento con su racimo llevado por dos hombres. Pero contaron también lo muy temibles que eran sus habitantes. «Es un pueblo más grande y más numeroso que nosotros; sus ciudades son grandes y fortificadas hasta el cielo; es una tierra que traga á sus habitantes. Hemos visto allí gigantes entre los cuales parecíamos nosotros como langostas: los hijos de Enac, que están en Hebron. No, nosotros no podemos combatir á este pueblo.»

Este nombre de Enac no era desconocido para los griegos. Pausanias habla del gigante Asterio, hijo de Anac ó de Enac, de diez codos de altura, y cuyo sepulcro se veía cerca de Mileto (2). Los sábios han creído encontrar todavía este nombre en Inaco y en los Inaquidas, antepasados de la raza ciclopea de los Pelasgos, cuyas singulares construcciones, conocidas bajo el nombre de monumentos ciclopeos, se encuentran en Asia, en Grecia, en Italia y en España (3).

El bravo Caleb trataba de destruir la impre-

(1) Roger, *Voyage dans la Terre-Sainte*, 1646.

(2) Pausanias, *in Attic.*, Bochart, *Chanaan*, lib. I, c. 1.

(3) *Mem. de la Acad. de inscriptions*, t. XLII, páginas 11, en 12.º, Petit-Radel, *Monuments cyclopeens*.

sion que hacía este relato en el pueblo, y aseguraba que Israel vencería fácilmente á los habitantes. Moisés añadió: «No os asustéis ni les temáis. El Señor Dios es vuestro conductor; El mismo peleará por vosotros, como lo hizo en Egipto, viéndolo todos. Y en el desierto, vosotros mismos lo habeis visto; os llevó el Señor vuestro Dios, como suele llevar un hombre á su hijo pequeño por todo el camino, por donde anduvisteis, hasta llegar á este lugar (1).» Pero el pueblo, desalentado, olvidando todo esto, se abandonaba al terror, gritaba, lloraba, murmuraba contra Moisés y Aaron, diciendo: «¡Ojalá hubiéramos muerto en Egipto, ó bien que muriésemos en esta soledad! ¿Por qué el Señor nos condujo á esta tierra, en donde sucumbiremos al filo de la espada, en donde nuestras mujeres y nuestros hijos servirán de botín al enemigo? ¿No es mejor que nos volvamos á Egipto? Nombremos un jefe y volvámonos á Egipto.»

En tal extremo, Moisés y Aaron inclinaron sus rostros hasta la tierra, delante de toda la multitud de los hijos de Israel, para implorar la misericordia de Dios. En vista de esto, Josué y Caleb rasgaron sus vestiduras en señal de dolor, y emplearon todos sus esfuerzos para consolar al pueblo. «La tierra que nosotros hemos recorrido es muy excelente. Si el Señor se complace en nosotros, nos introducirá en ella y nos dará esta tierra en donde corren leche y miel. Es necesario únicamente que no os subleveis contra el Señor; obrando así no temáis al pueblo de esa tierra; le devoraremos, por el contrario, como el pan; su sombra se ha retirado ya de sobre ellos, y con nosotros está el Eterno; no les temáis.»

Pero en vez de escucharles, toda la muchedumbre exclamó que era necesario molerles á pedradas; entonces, de repente, la gloria de Jehová apareció sobre el tabernáculo del testimonio á todos los hijos de Israel. Y el Señor dijo á Moisés: «¿Hasta cuándo me ultrajará este pueblo? ¿y hasta cuándo no me creerán, después de todos los milagros que he hecho en medio de ellos? Les heriré con peste y les destruiré; pero á tí te haré caudilló sobre gente

(1) Deut., 1, 29, 31.



grande y más fuerte que es esta.» Moisés intercedió de nuevo. Ardiendo de celo por la gloria de Dios, se atrevió á hacerle presente lo que dirían los egipcios; lo que se diría á los habitantes de Canaán, que han sabido que estais en medio de este pueblo, que os dejais ver cara á cara, que vuestra nube les protege, y que en una columna de nube les precedeis durante el día, y en una columna de fuego por la noche. Si pues haceis morir á toda esta multitud como á un solo hombre, los que sepan la noticia dirán: «Porque Jehová no podía introducir á este pueblo en la tierra que había jurado darle, le inmoló en el desierto. ¡Ah! primero, oh Adonai, se manifestó vuestra fuerza según lo que habeis dicho: El Eterno es paciente y rico en misericordia, borrando las iniquidades y los crímenes, no dejando nada impune, visitando la iniquidad de los padres sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación. Perdonad, pues, yo os lo ruego, el pecado de este pueblo, según la grandeza de vuestra misericordia, como le habeis sido propicio desde su salida de Egipto hasta este día.»

Y el Señor dijo: «He perdonado conforme á tu palabra. Sin embargo, también es verdad que vivo yo y que la gloria del Eterno llenará toda la tierra; todos estos hombres que vieron mi majestad y los prodigios que hice en Egipto y el desierto, y que me han tentado ya por diez veces y no han obedecido mi voz, ninguno verá la tierra por la cual juré á sus padres, ni la verá alguno de aquellos que me han ul-

trajado. Mañana, poneos en marcha y volved al desierto por el camino del mar Rojo. Sí, juro por mí mismo, que así como vosotros habeis hablado oyéndolo yo, así haré con vosotros. En esta soledad yacerán vuestros cadáveres; todos los que habeis sido revistados de veinte años y arriba, y que habeis murmurado contra mí, no entrareis en la tierra sobre la cual alcé mi mano, que os la haría habitar, fuera de Caleb, hijo de Jefoné, y Josué, hijo de Nun; mas haré entrar á vuestros pequeños, de los cuales habeis dicho que serian despojo de vuestros enemigos, para que vean la tierra que á vosotros ha desagradado. Vuestros cadáveres yacerán en el desierto, y vuestros hijos andarán errantes cuarenta años por este desierto, y pagarán vuestra infidelidad y desobediencia, hasta que vuestros cadáveres sean consumidos en el desierto. Conforme al número de los cuarenta días, en que habeis reconocido la tierra, año por día será contado; y por espacio de cuarenta años pagareis vuestras iniquidades, y sabreis lo que sucede cuando me retiro de vosotros.»

Al mismo tiempo, todos los hombres que Moisés había enviado para examinar la tierra, y que á su regreso excitaron las murmuraciones de toda la multitud, pintando esta tierra como funesta, fueron heridos súbitamente y murieron delante del Señor. Y no sobrevivieron de entre ellos más que Josué y Caleb. Este golpe había ya hecho disminuir la efervescencia de la multitud. Cuando Moisés fué á contarles las palabras del Eterno, se afligieron extraordinariamente.